

Mi primera cacería con arco

José Javier Otegui Piedra

Corría el mes de Julio del año 2002 y me encontraba en Sudáfrica con mi gran amigo Carlos Gallardo (organizador de todo tipo de cacerías por el mundo entero, gran cazador y taxidermista), que a la postre, fue además quien me invito a pasar 10 días en ese maravilloso paraíso de la caza.



Estábamos subidos a 3 metros de altura en un blind de unos 5 metros cuadrados, y a través de los 2 ventanucos practicados en el frontal de éste, podíamos divisar perfectamente un pequeño claro en forma redondeada de unos 100 metros de diámetro, con una pequeña charca artificial, y un sin fin de naranjas esparcidas por el suelo a su alrededor, donde de momento, los únicos que libaban su refrescante zumo después de pelarlas, eran los muchos monos que se encontraban allí por todas partes.

A la hora y media de estar apostados, apareció una bonita facochera con sus crías, había salido de la espesura del campo justo enfrente nuestro y venían plácidamente caminando hacia nosotros, parándose cada dos por tres a ponerse de rodillas, para recoger y exprimir con su enorme boca el preciado líquido que de las naranjas hacían emerger. Tras un buen rato

decidieron además a beber agua delante de nosotros, desapareciendo instantes después, por el mismo sitio por donde habían venido.

Después, nos embelesamos viendo como una jirafa adulta y su cría, se acercaron a la charca y abriendo totalmente sus patas delanteras, bebieron agua hasta saciarse, al igual que lo hicieron más tarde, una manada pequeña de cebras y algo más tarde otra facochera con crías también.

Cuando más calor hacía y empezaba a pensar que nos iríamos “bolos” del apostadero, dado lo poco que faltaba para que nos viniesen a recoger, entró por nuestro lado derecho un impala, que tras mirar y remirar a todas partes con recelo, incluido el blind donde nosotros estábamos, se dispuso a beber en la charca, ofreciéndonos limpiamente todo su flanco izquierdo.



Sin más dilación y con mi long-bow ya montado, desperté con sigilo a mi buen amigo Carlitos que en los últimos minutos se me había quedado dormido (le aburren sobremanera las esperas), quien mirando con los prismáticos, me comentó en voz muy baja que se trataba de un impala muy viejo y con una cuerna muy pequeña, pero que si me apetecía intentarlo, lo hiciese (no tenía mucha fe en la efectividad de éste tipo de armas).

Como no tenía intención de desaprovechar esa oportunidad que se me había presentado, tensé de inmediato las 52 libras de mi Great Plains Río Bravo mientras flexionaba un poco las rodillas, ya que la punta de mi long-bow daba en el techo del blind, puse el arco en la dirección de su corazón, aguanté la respiración y en el momento que el animal subió la cabeza para darse un pequeño respiro, abrí mis tres dedos de la mano derecha, dejando volar con ello velozmente, la flecha que impactó silenciosa y de inmediato en su costado.

El viejo impala, no sabía lo que le había ocurrido, tan solo debió notar un fuerte pinchazo por encima de su pata izquierda delantera y algo que le había entrado en su cuerpo que no le hacía ni pizca de gracia. Sin saber todavía que estaba muerto, salió corriendo despavorido hacia delante cruzando la charca justo por el centro, cayó en ella un instante tiñendo de rojo todas sus aguas, cambiando su dirección en el requiebro y huyendo ahora exactamente por los mismos pasos que lo habían hecho antes nuestra primera manada de verrugosos, dejando a su paso en forma de reguero de sangre, la poca vida que



aún le quedaba, perdiéndose enseguida en la espesura, donde dejamos de oír al instante su estrepitoso y alocado galope.

Mi amigo Carlitos que había seguido todo el lance a través de sus prismáticos, se abalanzó entonces contra mí, felicitándome y dándome la enhorabuena por tan magnífico y certero disparo, mientras no paraba de decirme que el viejo impala, debía yacer inerte, justo en el sitio donde dejamos de verle. Por mi cabeza entretanto, no dejaba de ir repasando una y otra vez todas las secuencias habidas desde el momento en que liberé a la flecha de la cuerda del arco, apoderándose de mí una grata sensación, que nunca antes había sentido cazando con rifle.

A la hora convenida, oímos que se acercaba a recogernos el coche del dueño del campo, nuestro amigo Gulf. Fue entonces cuando nos bajamos del blind chillándole para que se acercase con los pisteros a buscar nuestro impala. Así lo hicieron y nada más salir de la explanada de la charca y echado sobre unas matas, vimos que yacía como dormido nuestro desdichado impala. Gulf, lo miraba una y otra vez y tras hacer un gesto de incredulidad, le pidió a mi amigo Carlitos el rifle que nos había obligado a quedarnos (Saco 375 H&H Magnum) junto a las 6 balas que nos había dejado. Tras comprobar que no faltaba ninguna, ya que en principio no se creyó nuestra versión de los hechos, me felicitó efusivamente tras comprobar in situ, que la certera flecha aún clavada, le había atravesado el corazón al animal y seccionado parte de los pulmones.

Para mí, fue un día muy grande que no olvidaré. Había visto cumplido uno de mis mayores sueños, y además, iba a poder acallar a los otros cazadores que viajaron con nosotros, y se rieron de mí cuando me vieron aparecer en el aeropuerto de Barajas con un “cacho palo” guardado en un tubo.

J. Javier Otegui